

EL MOSAICO.

PERIÓDICO LITERARIO I DE COSTUMBRES.

Año I.

Santiago, Agosto 18 de 1860.

Núm. 5.

EL MOSAICO.

SANTIAGO, AGOSTO 18 DE 1860.

Destino de nuestra poesía.

IV.

La naturaleza habia formado a Byron de mui distinta manera que a los demas hombres; jenio satánico, corazon no parecido a ningun otro, cuyas pasiones i arrebatos no pueden ménos que producir en el que las contempla aquel bello horror, si es posible esplicarse así, que produce la naturaleza cuando parece hacer gala de sus furias. El que atravesaba el Helesponto a nado por solo sentir una emocion nueva que conmoviera sus sentidos usados ya por el deleite i la amargura; el que se jactaba de ser uno de los primeros pujilistas de Inglaterra, arrebatando este triste honor a los *boxistas* de oficio: el que, desnudándose del manto de Lord que vestia, pasaba así a cruzar sus fuerzas con los hijos del pueblo por puro capricho; el que jamas pudo perdonar a la naturaleza el defecto fisico que le achacaba, teniendo tantos beneficios que agradecerle: el que, por fin, desconfiaba que su propia madre pudiese envenenarlo a consecuencia de los choques que con élla tenia en el hogar doméstico; sino hubiese sido adornado de ese inmenso jenio, de ese asombroso poder creador, de seguro que no habria pasado de ser uno de los muchos extravagantes que nacen a la vida para torturar a cuantos les rodean i ser el verdugo de su propio individuo. Pero nó, al lado de esto i de entre este cuadro de miserias, vivia una alma a ningun otra semejante, ni en esperanzas ni en deseos ni en aspiraciones: una alma, que por su misma grandeza podia encararse impávidamente con la divinidad, interrogarla sobre su destino, acusarla con sus quejas, i hasta maldecirla por el funesto beneficio con que habia sido enriquecida por élla. Dentro del pecho de Byron vivia un mundo de pasiones, cuyo choque bien puede asemejarse al combate de los elementos en una noche de tormenta: sí, allí se estrellaban i corrian i retumbaban en sorda algazara la ambicion de

lucifer, el amor de los ánjeles, la ternura de la vírjen i la desesperacion de todo un infierno. Escéntrico, como se llama en nuestro moderno lenguaje, hasta en la misma tierra en que la melancolía toma las variadas fases de la locura ¿cómo era posible que este hombre singular, que este portentoso fenómeno pudiera prestarse a ser copiado, no decimos en su patria misma, en ninguna parte i mucho ménos en la nacion Francesa, cuyas costumbres suaves i lijereza de carácter son ya proverbiales? Intentar imitar su escuela: querer plagiar sus arrebatos, su pasion, su modo de ser único en el teatro de la literatura i del mundo, seria lo mismo que si el capricho de la torre de Pisa fuese tomado como un modelo de arquitectura, o como si los otros muchos fenómenos que nos ofrece la naturaleza pudiesen ser copiados por la mano del hombre. La gruta de Fingal, la de Caprea, segun la narracion que de ellas nos hacen los viajeros ¿se pondrian como ejemplos de imitacion? ¿saldria el artífice lucido con intentar la copiade las estalactitas hechas por la mano de Dios?

Por esto es que el *Byronismo* que quiso aclimatarse a fines del reinado de Luis XVIII, no pudo vivir ni formar escuela sino uno que otro ensayo infelicísimo, del que apenas se conserva memoria.

Sin embargo, varios jóvenes perecieron por ese entónces víctimas de este delirio filosófico, cuyas doctrinas reasumiólas Sénancourt en su funesto libro llamado el *Oberm m*. Cualquiera que haya podido leer esta odiosa produccion, verá lo que es el materialismo de la escuela volteriana, lo que es esa filosofía atroz que consume el alma de la misma manera que el virus sifilítico roe i aniquila los tejidos del cuerpo.

Felizmente el horizonte aclaró un poco cuando Luis Felipe subió al trono de Enrique V; pero como las convulsiones políticas que produjeron la caida del imbécil Carlos X habian hecho converjer los espíritus exclusivamente a la política, la literatura pareció por algun tiempo embargada en su marcha. Los poetas suspendieron sus cantos como los ruiseñores cuando suspenden sus trinos al sentir un nuevo huésped en la selva. Mas pasada en breve esta primera emocion, continuó la lite-

ratura en todos sus departamentos lanzando esos torrentes de luz, cuyos rayos han venido a morir a los piés del nuevo César.

La poesía dividióse, al cabo, en dos escuelas. Lamartine con su romanticismo-religioso i Victor Hugo con su poesía puramente francesa, con su poesía viva, filosófica, chispeante como lo es el jenio de la nacion a quien representa, fueron reconocidos como sus jefes; i desde entónces es que escucha el mundo ese concierto de armonías llenas de consuelo i de esperanzas.

El nuevo imperio, sin embargo, parece haber sido para las musas lo que fué el pasado. Lamartine ya no canta: su voz parece que ha sido rota por el infortunio. Victor Hugo lanza desde una isla Inglesa su *leyenda de los siglos*; pero aunque evoque el ilustre i simpático desterrado la sombra de los hombres que han dominado a la humanidad, que la han servido, amparado o diezmado i escarnecido, se ve que el sol de la patria le hace falta, que el aliento frances, que era un eco que devolvía al mundo la voz de amor i de entusiasmo con que la regalaba, no devuelve ya sus cantos sino que los llora i los siente como el acento misterioso del tiempo que le anuncia una mayor i cruda servidumbre.

¿Dónde está tambien Julio de Rességuier, el vigoroso imitador de Lamartine, i en mas de una ocasion su émulo terrible? ¿Dónde está Delavigne con sus estrofas cadenciosas, con su espíritu puro, liberal, franco, valiente, con su musa que parece haber nacido para el Waterloo de la literatura? ¿Dónde Béranger, donde Carlos Nodier, el esquisito i perfecto detallista de las medias tintas de las pasiones humanas? ¿Dónde Pablo de Musset, Barbier, Hegesippe Moreau i esa falanje en fin de artistas poetas que ha tenido la Francia desde la primera restauracion? Unos en el destierro, otros en la miseria i otros durmiendo el sueño eterno, escapando así a la tiranía que ultraja el ingenio, que ahuyenta a la virtud, i que hace hasta desconfiar de la esperanza que abruga el bueno sobre la mejor condicion i mas acabado progreso de los hombres.

Al trazar el cuadro que ha representado la poesía en Francia desde el siglodécimo séptimo, no hemos tenido en vista otro designio que esponer el aspecto que ha tomado para que, comparando su situacion con los hechos sociales a que ha debido estar subordinada, se pueda deducir cuando ha representado la civilizacion de quien era órgano, o cuando, léjos de ser su espejo i separándose de la ruta trazada por élla, se ha echado a vagar a la ventura, sin esperanza, sin guia i sin mas mision que seguir el no aprendido ni pensado canto de las aves.

Si se quisiese encerrar en un medallon el retrato de cada época porque ha pasado, difi-

cil, por no decir imposible, seria hacerse el retratista; pero como, aunque no podemos contemplarla bajo una forma tan precisa, podemos verla lo bastante para distinguir ora sus bellezas i aciertos, ora sus deformidades i extravios, reasumirémos en cuanto sea posible las reflexiones que el estudio concienzudo que hemos hecho de ella puede suministrarnos.

Antes de Luis XIV vémosla puramente ocupada en buscar principios, en amoldar sus teorías, en formarse elementos para tomar un carácter determinado.

Hasta allí solo se habia limitado a ensayos, i eso no mui felices comparándolos con los de cualquiera de las naciones Europeas. Algun razgo, una que otra chispa de jenio habian iluminado aquel caos; pero de lo que es *poesía* nada daba prueba segura, sino cuando mas un ligero i no bien apreciado indicio.

Subido al trono el monarca que hemos nombrado, la literatura tomó un aspecto propio, imponente, i vino a ser como el corolario de la franca i espedita marcha que seguia la Francia en el desarrollo de su prosperidad i de su gloria.

Parecia que la dignidad del príncipe absorbía cuanto habia grande a su alrededor, que todo lo consideraba como una parte integral de su grandeza; así fué, pues, que la literatura vivió bajo su sombra en calidad de aliada, bebiendo en el señor de esta alianza la majestad, el fausto, todo lo grande, i en fin, que contemplaba en el modelo de quien debiera ser solo una exacta copia.

El afortunado monarca complaciase en ver que la literatura Francesa era el reflejo de la antigüedad; pero, por desgracia, no se puede copiar a un tiempo lo grande de una época antigua cuando se tiene que ataviarlo a moderna usanza.

Esta imitacion dejeneró, como ya lo dijimos, en copias frias, en que se guarda mas la pulcra i minuciosa exactitud en las formas que en la esencia; o en que no se comprendió el espíritu o no se pudo dar de él un perfecto trasunto.

Este gran siglo, pues, hizo cuanto pudo por arrebatarse la gloria literaria a la antigüedad; por hacerse de *ese bello ideal antiguo* que tanto se estudiaba i al que no podia remedarse con la chupa bordada ni con la peluca i los encajes perfumados del gran señor.

Racine hacia revivir a Eurípides; pero, segun el sentir de todos los mas eminentes críticos, no el Eurípides griego, desigual, apasionado, fogoso i bárbaro casi siempre por la rudeza de las costumbres de su tiempo. ¿Habria podido tolerar la corte una espresion inelegante, una accion que hubiera podido acreditar desembarazo, libertad? ¿Habria podido copiarse al trájico Griego, cuando se anatematizaba a Shakespeare que habia escrito solo

cien años ántes i para una nacion como la Inglesa? Aristófanes revivia en Molière, pero libre de lo que entónces se llamaba *mal tono o desvergüenza*, i libre tambien de su espíritu, que, a la verdad, por mucho que se diga, no podia ser el de un Frances lijero i esclavo de la etiqueta. Voltaire diciendo al pueblo Frances en la última representacion de su Irene: *aplaudid Atenienses!* no dijo sino una bella mentira, una de las muchas coqueterías, pueden llamarse, en que abundaba, i que prueban patentemente que la patria del afortunado Borbon no era la patria de Alejandro.

Bajo Luis XV el mismo espíritu anima a la literatura en cuanto a su forma: aristocrática en el vestido, revolucionaria en el espíritu: acompasada i elegante en la forma, petulante i hasta cinica en la escena.

Bajo la revolucion, duermen las letras en una pesadilla sangrienta: la poesía tímida no puede llorar siquiera su infortunio; las lágrimas se secan en su rostro, i tiéndese sobre el ataúd de la Francia sin exhalar mas que suspiros.

El imperio reúne los elementos dispersos de la civilizacion: organiza, arregla, calcula con el compas i la espada en la mano; ya agranda los límites de la Francia, ya ordena su existencia como una máquina, ya rompe los derechos que flotan vacilantes en medio de tanta gloria, i ya apaga iracundo la antorcha de la filosofía i del sentimiento.

El sol tibio de la restauracion permite el deshielo de la intelijencia: las aves adormecidas recorren el campo de la carnicería: lloran; pero cantan llorando, i el sentimiento vuelve otra vez a imperar en el hasta entónces árido corazón de la Francia.

Carlos X insulta el orgullo de su pueblo: venga así cobardemente el martirio de su hermano, i las letras, ofendidas del vilipendio hecho a la conciencia, enmudecen otra vez para no cantar sino los albores de su nueva independencia.

Luis Felipe, inconsecuencia viviente, rei sin dignidad, Frances sin gradeza, despota sin valor, político sin vista, amalgama, en fin, de lo que puede el talento i la pequeñez del alma, reduce a la Francia a ser el mostrador de la Europa, i se contenta, despues de haber sido uno de los héroes de Jemappes, con ser el judío usurero de aquella grande herencia.

Sobre el estado actual ¿qué podemos decir? época *embrionaria*, de transicion, época en que todo se espera i en que nada se cree: época en que parecen finalizar los acontecimientos mas grandes con una especie de juego de manos; en esta pues, nada puede decirse a este respecto i mucho ménos sobre lo que es el tema de este escrito.

Al considerar las evoluciones del pensamiento, las peripecias de este drama que re-

presenta la humanidad, es forzoso pensar en la carrera del planeta que habitamos: es fuerza recordar que hai momentos en que la luz baña radiante su esfera, i otros en que no solo sus rayos se cortan oblicuos sobre su superficie, sino que se ocultan enteramente.

Dicho esto, augure el pesimista solo reveses, que nosotros no podrémos jamas dejar de confiar en el destino que creemos ha reservado Dios a la humanidad en sus designios.

Concluida la ojeada dada a la poesía Francesa, ocupémonos de la España, que es la escuela en donde hemos bebido lo que somos, i en la que deberémos, atendido nuestro orijen i civilizacion, volver a empaparnos para ser consecuentes, cuando mas no sea, con la jenerosa sangre que nos alienta.

M. BLANCO CUARTIN.

(Continuará.)

Emigrados Chilenos.

LO QUE ES EL DERECHO DE JENTES EN MANOS DEL
MINISTRO DE LA CONFEDERACION ARJENTINA
DR. D. EMILIO DE ALVEAR.

Si cuando se dice que el derecho que las naciones han dado en llamar de *jentes* no es otra cosa que una coleccion de hechos que, con el nombre especioso de leyes, se eluden, burlan i tuercen las mas veces, segun la conveniencia de los pueblos fuertes i que pueden hacer valer *su justicia* contra los débiles por medio de los cañones i las bayonetas; uno no atiende mas que a los acontecimientos que se suceden en todas partes donde se dice que se acatan las leyes internacionales i se respeta la justicia, no podrá ménos que profesar esta misma opinion, que de cierto echa por tierra la esperanza seductora de ver a los pueblos rejidos algun dia por las inmutables disposiciones de la razon i la justicia.

Cuando se lee la historia de Inglaterra, nacion que puede contarse como la que da la lei en las decisiones jurídicas que las relaciones internacionales hacen necesarias, el espíritu se asombra de no hallar, en mas de una ocasion de clara i luminosa justicia, sino tropelías i barbaries que indignan hasta al hombre mas pacífico i candoroso.

Larga seria la lista de las sentencias atentatorias lanzadas por las Cortes del Almirantazgo Británico: engorroso i hasta inútil entrar en la detallada enumeracion de los atropellos i desafueros que ha merecido la justicia de los pueblos débiles que han tenido que sufrir el peso de sus garras; porque, a mas de ser conocidos de todos los que pueden darse cuenta de lo que leen, no haria mas una larga cáfila de hechos de esta especie que lo que pueden uno o dos acontecimientos capaces de probar elocuentemente lo que decimos.

En las transacciones comerciales con la España ¿ignora alguno que conozca la historia lo que han sido los tratados, las convenciones, los pactos que ha celebrado la Gran Bretaña? Hasta el mismo Voltaire, a quien no podrá acusarse sino de Anglomanismo, cuenta en su *siglo de Luis XIV*, que habiendo celebrado la Nacion Española un convenio con

la Inglaterra con el fin de permitir que pudiese cambiar sus productos o comprar los de sus colonias, ésta, traspasando como de costumbre los derechos que se le conceden, hacia entrar en Portobello una salúa cada ocho días para hacer el comercio de contrabando; lo que dió margen a que el capitán de una embarcación Española, para castigar el fraude i la mala fé del inglés, tuviese la ferocidad de cortar al piloto o jefe de la barca apresada, las narices i los labios.

Mr. Felix, autor de una obra importante de derecho internacional, en una de sus publicaciones en la *Revista Enciclopédica* Francesa haciendo mención del hecho que acabamos de relatar, se explica así: «Presentado el infeliz, víctima de la ferocidad española a los tribunales supremos de Inglaterra, no escitó ni siquiera una mirada de compasión a los jueces; pues que éstos esperaban, sin duda, este resultado o tenían la conciencia de que los atentados de la nación algún vez habían de recibir un condigno castigo.

Pero si dejamos a un lado hechos de esta especie, hechos que degradan la buena fé de un pueblo que se dice civilizado, i echamos una mirada sobre casi todas las prácticas marítimas, comerciales etc., que la Inglaterra dice que respeta como leyes ¿hai, por ventura, alguna que no haya sido eludida tantas veces cuantas lo ha exigido la conveniencia o hecho necesario la insaciable sed de oro que la devora?

Las leyes sobre la protección de la bandera, la de la neutralidad respetada por los beligerantes, las inmunidades mismas diplomáticas i toda esa cáfila, en fin, de prescripciones que lucen en las voluminosas obras de sus publicistas, a nadie por cierto se esconderá que no han tenido en muchos casos mas valor que el que puede tener una de las tantas leyes de su magna Carta, derogadas ya por el uso, i sepultadas como reliquias del bárbaro archivo que puede ostentar al mundo esa nación, si una de las mas grandes i poderosas, también una de las mas bárbaras en todo lo concerniente a la filosofía de la legislación. El dicho de Ledru Rollin; «el buitre de la Gran Bretaña aislado en su isla pretende devorar el mundo», si es en realidad una exajeración Francesa, una de esas hipóboles del revolucionario socialista, bajo el aspecto de la justicia no parece ser sino una verdad que los mismos Ingleses, no fanáticos, podrán confesarnos sin rubor ninguno.

Lo que hemos dicho respecto al valor que el tal *derecho de jentes* tiene en el país que se llama cuna de la libertad, podremos también decirlo, aunque en menor escala, de todos los demás pueblos a quienes la fortuna ha favorecido a espensas de la felicidad de mas de una nación que vemos hoy sumida en el oprobio i el infortunio.

¿Para la Polonia, la Hungría, la Italia, ha habido, preguntamos, derecho de jentes desde que como panteras hambrientas se disputaron la Rusia i el Austria sus gloriosos despojos? ¿La España, el Portugal han estado, por ventura, a cubierto desde hace tres siglos con lo que se llama *justicia universal*, i es la fuente i cimiento del pretendido *derecho de jentes*, a quien imploramos en la tribulación, sin ser oídos, todos los pueblos despoblados e indefensos?

¿Para las posesiones Francesas en Africa, para las Inglesas en Asia ha habido derecho de jentes, repetimos? ¿Han podido protegerse bajo el escudo

de la razón i de la justicia internacional cuando los Europeos llevados de su rapacidad han incendiado sus ciudades, emponzoñado sus fuentes, diezmado el número de sus hijos i hecho resonar sus cañones como la voz de la fraternidad i del comercio?

Los Estados Unidos de Norte-América sin ir muy lejos ¿no son el *cuco* con que se nos amedrenta a cada paso en las cuestiones que muchas veces hemos tenido que sostener con ellos, apoyados en la razón i la justicia?

Walker amenazando a Corta Rica con sus horridas famélicas: los piratas Norte-Americanos obligando a la Nueva-Granada a abrirles la puerta de comunicación con nuestro continente: los mismos filibustieros teniendo en perpétua alarma a la isla de Cuba, contenta i floreciente con su servidumbre: los mismos hijos de esa república, modelo nunca imitado, robando al pobre Méjico sordamente los trozos mas hermosos de su rico territorio con el fin de añadir una estrella mas a la vasta constelación que brilla en su bandera ¿han atendido a las prescripciones del derecho de jentes? ¿se han sujetado a su espíritu? ¿Han respetado lo que todos ellos llaman *eterna justicia*? ¿O no han hecho mas que atropellar, que pisotear todo ese cúmulo de garantías i concesiones e inmunidades con que han sabido engañar a los débiles i paliar, si es posible, la avilantez de sus mismos desafueros? ¿Desgraciada de la Italia, desdichada de la Polonia, de la Ungría, i muy desdichados nosotros, sino tuviéramos en el caso de contrarrestar las violencias de los pueblos fuertes, mas que el pretendido derecho de que nos agarramos como de una falsa tabla en el naufragio! El derecho de jentes de la Italia está en sus bayonetas, en su coraje, en el impávido denuedo de sus hijos, como lo estará mañana el de la Polonia cuando se acuerde que sobre su frente, un tiempo ornada con la corona de la libertad, hoy está colgando como en la cara del Salvador el escupo del tártaro rapaz i embrutecido.

¿Cuándo, pues, se escucha la voz del débil, cuándo el grito del que pide justicia? ¿Cuál es, pues, el tribunal que decide de las ofensas hechas a un pueblo víctima de la conquista o condenado por la riqueza de su suelo i lo inofensivo de sus armas al vasallaje i el esterminio?

Sino fuese cierto cuanto decimos, las cuestiones del Ecuador i el Perú, de éste con Bolivia, de todas las repúblicas Sud-Americanas, en fin, que desde tanto tiempo se destrozan como en premio de los afanes de su codiciada independencia, no pasarían de días; i la justicia volvería de nuevo a reunirse con sus lazos de diamante a los malos hermanos, castigando, por supuesto, a los que quisieron hacerse los Caínes.

Los mandarines de nuestra pobre América ahí están: los Monagas, los Obandos, los Castillas, i toda esa larga lista de desalmados i mezquinos tiranuelos pueden hablar; i sabe Dios, que no dejarán de cohonestar su falso patriotismo, su ambición rastrera i sangrienta con las mismas nociones de justicia que huellan a cada paso por dar pábulo al frenético delirio que los consume.

La América toda Española ¿qué espectáculo no nos ofrece? ¿A dónde volvemos los ojos que no veamos ora el reinado de un forajido dichoso, ora la miseria, el abandono, la revuelta, el degüello entre los mismos que favorecidos por la fortuna no

han sabido devolver sus favores sino a fuerza de crímenes e iniquidades?

Sino pensásemos que las naciones por una lei inconcebible de su progreso han menester de pasar por esa ebullicion diabólica, por esa fermentacion fulminante que hoy las consume, creeríamos, i mui de véras, que la soñada perfectibilidad humana, que la deliciosa esperanza del bienestar jeneral, que el reinado de la justicia sobre la tierra, no son otra cosa que sueños vaporosos con que la Providencia, para hacer todavía mas horrible nuestro desencanto, quiere adormecernos pérfidamente.

«El bien vive prófugo, es un parásito que perseguido de pueblo en pueblo corre a refugiarse en el cielo.» Así se esplicaba Laménais, uno de los mas jenerosos apóstoles de la razon humana, cuando el gobierno de Luis Felipe, despues de exhortar a la Polonia a la rebelion, la dejaba metrallar desafiadamente por la Rusia.

Esto mismo, aunque con distintas palabras, decia Berrier en la cámara de los pares, i eso que el legitimista con sus ranciedades i preocupaciones casi ofuscaba en él al hombre de corazon i de ingenio. Así, ni es nuevo acumular sentencias, ni ménos conducente atestar una pájina de periódico con reflexiones que todo el mundo sabe, i que nos repetimos todos, no tanto para consolarnos de las injusticias que se perpetran todos los dias así en el hombre como en los pueblos, como para penetrarnos que el reino de la justicia no ha llegado todavía para las naciones. Sin embargo, no hemos podido dejar de hacernos estas observaciones leyendo en el *Ferrocarril* del 15 del presente, en un artículo que titula *emigrados chilenos*, la noticia que dá el periódico del Rosario *La Confederacion* sobre el reclamo entablado por algunos paisanos nuestros, residentes en las Provincias del Plata, contra el Ministro de Relaciones Exteriores de la Confederacion don Emilio Alvear.

Entablada pues la querrela contra este Señor Ministro, el diario que hemos citado se esplica en estos términos:

«La internacion con que el Señor Ministro amenaza los residentes chilenos, está en las facultades perfectas de todo gobierno, i ella podia ser reclamada por el gobierno Chileno i acordada por el gobierno de la Confederacion, sin que por ello esté en nada violada la Constitucion. El principio de hospitalidad consagrado entre las naciones, lleva siempre consigo la necesaria limitacion de este principio, compitiendo a la nacion que conceda esta hospitalidad determinar el punto en que deben asilarse los *revolucionarios* fujitivos de un pais limítrofe.»

«Creemos pues mui inmerecida la acusacion que dirijen los emigrados Chilenos contra nuestro ministro de Relaciones Exteriores.»

Este es el introito con que el periódico *Rosarino* se ha servido dar comienzo a la copia que hace de *la orden del dia* de la Cámara de Diputados del Paraná para la sesion del 29 de junio de 1860. Ocupémonos un poco del tal proemio. Si la internacion con que el señor Ministro Alvear amenaza a los residentes chilenos en Mendoza está en las facultades de todo gobierno, i por consiguiente en las del que se llama *de la Confederacion* ¿cómo es que no se cita por motivo o causa eficiente de esta amenaza otra falta, otro delito que el haber los ciudadanos de Chile, prófugos de su patria,

escrito, como era natural, contra quien acusaban como oríjen de su desventura? ¿No puede convenirse ni se conviene acaso el respeto a las leyes del pais en que uno se asila con el acto legitimado por la constitucion de ese mismo pais para poder usar del derecho de enunciar por la prensa sus sentimientos? ¿Qué lei es esa que prohíbe al refugiado político, respetando las del pueblo en que vive, escribir lo que quiera, con tal que con sus ideas en nada infrinja las prescripciones que está obligado a respetar? Si esa doctrina fuese cierta ¿no habria nuestro gobierno amenazado todos los dias con *la internacion* a don Domingo Faustino Sarmiento, que no se ocupó durante toda su permanencia en Chile (como el mismo se gloriaba) mas que de escribir panfletos contra Rosas? Si esa doctrina, defendida con tanto ahinco por el desatinado i servil periódico que hemos nombrado, fuese puesta en razon i acatada, que es lo que importa, por todos los gobiernos ¿habrian los millares de argentinos que se asilaron, huyendo de las garras de Rosas, no solo en Chile sino en el Perú i otros pueblos hermanos, podido hacer la guerra que hicieron a aquel tirano? Qué coto, pues, se les puso? I no se nos diga que el carácter de Rosas, que su tirania, que sus monstruosidades habian establecido una escision entre las relaciones de Buenos-Aires i Chile, pues es notorio que existia entre ambos pueblos una armonía que, si no perfecta en el fondo, al ménos era tal como se necesita para decir, segun el *derecho* de jentes que se invoca, que eran dos naciones amigas. ¿Por qué pues no se o' servó la peregrina doctrina que sostiene el paladin del Ministro Alvear, ni nuestros Ministros amenazaron, como lo ha hecho este gratuito desfacedor de entuertos allende los Andes, a todos los argentinos que escribian contra el gobierno de don Juan Manuel? Además ¿no vemos a la Inglaterra prestar sus prensas para que Víctor Hugo escriba su *Napoleon el pequeño* i Ledru Rollin i Luis Blanc se desaten en contra del mui *querido primo* i *amigo* de la Reina Victoria, Napoleon III?

La Béljica en medio de ser una esclava de la Francia, puede decirse, de no ser otra cosa en civilizacion, usos, costumbres, política que una copia aunque débil, exacta del pueblo Frances ¿no saben todos, que jamás ha puesto estorbo a que los refugiados políticos de aquella nacion pudiesen imprimir allí sus obras i desahogar en ellas la hiel que amargaba su corazon? I sin embargo el Rei Oton debia su corona a la Francia, i el bueno i jeneroso Leopoldo podia perderla en medio de una ruptura de sus buenas relaciones con ella ¿Porqué, pues, la Francia de Luis XVIII, que habia mandado, como decia, a un nieto de San Luis a reponer en su trono al nieto de San Fernando, no se opuso a que los españoles perseguidos por el infame marido de Cristina escribiesen i publicasen en Paris i Burdeos todo lo que quisieran para hacer patente el negro i degradante despotismo que avasallaba su desgraciada patria? ¿En el Perú no se ha escrito por los emigrados Chilenos, Bolivianos, etc., contra los gobiernos de los pueblos a que pertenecian los fujitivos? ¿A dónde, pues, volvemos los ojos que veamos respetada esa doctrina del señor Ministro Alvear como lo asienta el diario que la defiende? Si es así ¿cómo se dice que la internacion podia ser reclamada por el gobierno de Chile?

¿Dónde estriba ese derecho, dónde esa lei que haria siempre esclavos de sus perseguidores a los que tienen la fortuna de escaparse de las manos? ¿No seria constituir, si tal principio debiese ser respetado, al gobierno de Chile como siempre dueño de oprimir i vejar a los mismos que por la expatriacion no participan ya de ninguna de las ventajas de la asociacion social de quien es el jefe o cabeza?

Ahora bien, si el gobierno de Chile no tiene ningun derecho para exigir la *internacion* de los chilenos que escriban en Mendoza contra él; ¿cómo puede tenerlo el de la confederacion para amenazar o castigar con ella a los que ni son objeto de reclamo ninguno de parte de nuestro gobierno?

Por otra parte, el principio de la hospitalidad que dice la *Confederacion* que es consagrado entre las naciones; ¿cómo puede entenderse si no es estensivo a que el emigrado pueda usar de un derecho de que la constitucion del pueblo que le da asilo no solo no lo prohíbe sino que lo inviste? La necesaria limitacion de la hospitalidad no es seguramente la negacion de ella; nó, pues si limitacion de la hospitalidad se llama amenazar al individuo porque usa de una facultad constitucional en cuantas ocasiones el miedo, la adulacion o la conveniencia hagan precisa esta amenaza, de igual manera podria llamarse, i con mucha propiedad, limitacion de este o del otro derecho a las verdaderas usurpaciones i demasías que se cometen todos los dias bajo el pretesto de trastorno del orden público.

Dice tambien la *Confederacion* que, sin entrar en el análisis de la nota pasada por los chilenos a la Cámara de Diputados del Paraná, asegura que la Constitucion Nacional garantiza la libertad de escribir a todo el mundo. ¿Cómo entiende esta libertad la *Confederacion*? O en la voz *todo el mundo* no debe comprenderse a los pobres emigrados chilenos que pasan por el dolor de comer el pan en el país mismo que les deniega el derecho que tiene todo el mundo? Añade que restringir la libertad de imprenta seria una violacion atroz; pero que el derecho de jentes que rije a todas las naciones impone tambien a los gobiernos colindantes el deber de *buena vecindad*, de *internar* a los emigrados políticos que les inhiere hostilidad.

¿Qué consecuencia! con que, quitar por una parte, la libertad de escribir es una violacion atentatoria, i asegurarla, por otra, otro atentado contra las leyes internacionales! Pero para qué hablar tanto. ¿Dónde están esas disposiciones que hacen valer las prácticas internacionales a este respecto? Citémos una disposicion siquiera de derecho público en que se consigne, que entre dos naciones amigas, una de ellas sirviendo de refugio a los emigrados de otra, les pueda o deba prohibir i amenazar en caso de que usen de los derechos concedidos por ella misma a todos los ciudadanos que viven bajo su amparo. La *buena vecindad* de que habla la *Confederacion* no la creemos nosotros estribada en lo que puede decir el individuo por la prensa o de palabra; no ciertamente, pues no hai lei, por dura i vilijilante que se suponga, que pueda ser tan estensiva que lleve su dominio hasta el corazon del individuo oprimido a quien la naturaleza i la justicia han concedido el quejido como una lengua inmortal de sus sufrimientos.

La *mala vecindad*, la perfidia o alevosía en

las relaciones de los pueblos no está, lo repetimos, cifrada en lo que don Emilio Alvear la hace consistir, sino en otras cosas que pueden llamarse fundamentales, i que se han eludido, i las eludiria el mismo Sr. Ministro de la Confederacion, cuando la conveniencia lo ha aconsejado o, como se dice, que la razon de estado lo ha exigido.—*Mala vecindad* llamamos nosotros, i la llamarían todos los hombres de buen sentido, a aquella que consiste en cerrar los ojos cuando se ve que se recluta jente a vista i paciencia de todo el mundo para llevar la guerra a un país amigo.—*Mala vecindad, perfidia* en las relaciones amistosas, fué la de los Estados-Unidos, cuando bajo de cuerda instigaba a sus flibustieros para las depredaciones de Centro-América: *mala vecindad* la de este mismo pueblo cuando, protestando de su ignorancia respecto a las acometidas sobre la isla de Cuba, protejia con dinero i armas a los mismos insulares para que se revelasen contra la España: *mala vecindad* llamamos nosotros a la conducta que observamos cuando vimos zarpar de Valparaiso un millar de chilenos armados para ir a colocar en la silla del Presidente Urbina al jeneral Flores: *mala vecindad* en fin, llamaremos al proceder de don Emilio Alvear (caricatura de Lord Palmerston) amenazando a ciudadanos inermes, a quienes la desdicha ha llevado a mendigar un mendrugo de pan en país ajeno.

Pero para qué añadir mas! El que en un tiempo rindió parias a la tiranía que ensangrentó su patria por no abandonar sus comodidades i despues, echándola de hombre de estado, ha querido hacer ese acto de servil i villana cortesía para con un gobierno que recibirá, sin duda, sonrojado este torpe homenaje, mal puede hacer uso de derechos que no conoce, invocar principios que la lisonja hacen odiosos, i cubrir con ese velo de amistad finjida lo que no es ni puede ser considerado de otra manera que como uno de los muchos desacatos tan comunes en los que la fortuna ha querido colmar de sus favores.

No sabemos la resolucion de la Cámara a quien los pobres emigrados Chilenos han llevado sus quejas. No la sabemos; pero a juzgar por lo que dice el periódico a que contestamos, es mas que probable que nuestros compatriotas tengan que enmudecer por evitar la *internacion* con que los amenaza el señor Alvear. De cualquier modo que sea, la opinion del hospitalario pueblo Mendozino, el corazon jeneroso de la jeneralidad de los hijos del Plata harán siempre mas para los que lloran hoy lejos de la patria, que lo que pueden las cobardes amenazas de un ministro, que pretende basar sus injusticias en lo que las naciones deben respetar como la fuente de sus derechos.

MANUEL BLANCO CUARTIN.

Los siguientes tercetos que publicamos son del célebre literato español D. JOSÉ JOAQUÍN DE MORA. Al darlos a luz hemos creído que serán leídos con gusto: los trabajos de este autor, por muchos enemigos que cuente, son i serán en cualquier parte donde se estimen las letras, mirados por los hombres de gusto con

verdadero aprecio. En este concepto no hemos trepidado en desenterrar la carta en que venian escritos. La persona a quien fueron dirigidos era tambien un literato de nota, i tanto mas digno de aprecio, cuanto que sus talentos fueron acompañados de un corazon el mas noble i jeneroso i de una conducta cuya virtud i pureza nadie pudo desmentir en Chile. Aunque el elogio de D. Buenaventura Blanco Encalada no venga aquí a pelo i no parezca propio en nuestros labios, la ternura de un hijo que llora siempre la pérdida que sufrió con la muerte de un padre a quien adoraba, pueden excusar este encomio.

Tercetos.

Segunda vez mis rústicos tercetos
A tu amistad, Ventura, se encaminan,
A trueque de pasar por indiscretos.

¿No ves que de consuno me fulminan
Odio i maldad sus torpes anatemas,
I mi salud i crédito arruinan?

De las rejiones del poder supremas
¿No ves bajar a mi infeliz persona
Calamidades bárbaras i extremas?

Pues bien: de su impotencia fanfarrona
Reiréme a su pesar con quien me entiende,
I un desahogo al buen humor perdona.

Impotencia la llamo, porque enciende
Contra mí en vano su volcan rabioso,
Quien sepultarme en el dolor pretende.

No lo conseguirá, ni mi reposo
Turban sus acechanzas, cuando el pecho
Siento que late igual i vigoroso.

Mientras el suyo, mansion de ágrío despecho,
Lo ajita i lo atormenta, a la bartola
Sueño grata vision en blando lecho.

El mi paciencia juzga que acrisola
Con lento filo, i yo me voi poniendo
Gracias al apetito, como bola.

Si quier me arroje su mirar tremendo:
Yo agarro a Ciceron o a Don Quijote,
I de todo pesar me desentiendo.

O dejo que festivo se alborote
Mi númen andaluz, i en fácil rima
Guerra declare a todo monigote.

¿Quién es el vencedor? ¿quién queda encima?
¿Yo si en tus labios la sonrisa pongo,
O él con su torvo jesto, que dá grima?

Es verdad que no hicieran en el Congo
Lo que hacen estos Vándalos conmigo.
Nunca en Congo habité: mas lo supongo.

¿Pero si lloro i rabio qué consigo?
Desvelo, turbacion, ánsia, jaqueca,
I que se bañe en gozo mi enemigo.

No son hombres de masa o de manteca
Los que produce el Betis, ni se humilla
Nieto de Alcides como caña hueca.

Puesto yo en frente de elevada silla
Do se asienta el poder, en alto i tieso,
No cedo a la Giralda de Sevilla.

Dejé gustoso el patrio hogar por eso,
¿I habrá de intimidarme un mentecato,
Que por reinar tres dias pierde el seso!

Soi, sin embargo, justo: no recato
La parte flaca: pienso que en el dia,
Es un mueble importuno el literato.

¿I por qué ha de saber Filosofia
Ni Oratoria un mancebo? ¿pues acaso
Su respetable abuelo las sabia!

Mejor es un potrero que el Parnaso,
Para enlazar las vacas de un rodeo,
Mala cabalgadura es el Pegaso.

Borron es de la patria torpe i feo,
Que a inocularnos venga un perro godo,
En exotica charla i devaneo.

Raciocinemos pues a nuestro modo,
O mas bien rebuznemos, que es lo mismo.
A uno gusta el almizcle i a otro el lodo.

Eso si: guerra eterna al despotismo;
Sacudimos el yugo: por supuesto.
Viva la patria, viva el patriotismo.

Ya de Castilla el pabellon funesto
No profana esta tierra venturosa.
Vengan de Lóndres los millones: presto.

¿Qué ridicula farsa! ¿qué afrentosa!
¿Qué engañifa de bobos! ¿qué miseria
Por término de lucha tan gloriosa!

De reir i llorar larga materia
Damos al universo: aquí está el llanto,
I suenan carcajadas en Iberia.

De libertad el nombre sacrosanto
En boca de un gagnápiro insolente,
Solo produce destruccion i espanto!

Virjen del mundo, América inocente,
Bien entiende de virjenes Quintana.
Llámela vieja, estólida o demente.

Perdona, amigo, mi facundia vana,
I haz mil pedazos mi fatal doctrina:
Pues hai quien de freirme tiene gana,
I me parece oler a chamuzquina.

JOSÉ JOAQUIN DE MORA.

Traducciones.

Desde hoy principiamos a insertar en nuestras columnas una novela titulada **Edith o la niña mal criada**, que una señorita de nuestra distinguida sociedad se ha dignado remitirnos para nuestro periódico.

La hemos leído cuidadosamente, i podemos asegurar que nos ha asombrado que en una obra de esta clase i hecha por una jóven, no haya esos galicismos con que de tiempo atrás se desfiguran nuestros mejores escritos. Tanto mas raro es esto cuanto que, como se sabe, el estilo francés de la conversacion es el mas difícil para poder ser trasladado a nuestra lengua. La diversidad de construccion entre el castellano i el francés, los modismos, los giros de frase, i en fin, los idiotismos de ambos idiomas, hacen naturalmente dificultosísima una buena version al castellano de una obra en que el estilo familiar campea con todas sus galas.

En este concepto no nos cansaremos en elogiar el trabajo que se nos ha remitido; al cual pondríamos de mui buena gana la firma al pié, si por encargo de la misma jóven no estuviésemos obligados a guardarle reserva.

Su edad, por otra parte, tampoco permitia haber dado cima a esta traduccion con el esmero que lo ha logrado, así, debe el público leer con gusto este trabajito i alentar con su agrado i aprobacion a la traductora, quien nos ha prometido otros para adornar nuestra publicacion.

Dicho el mérito de la traduccion, nos resta que decir que la novela en sí es una de las mejores que pueden caer en las manos de una jóven, pues en ella no hallará la mas escrupulosa una sola palabra que pueda herir la castidad i delicadeza de sus oídos. Por otra parte, versando su argumento sobre uno de los hechos mas comunes en todas las sociedades, i no valiéndose el autor para desarrollarlo i darle remate, de la multitud de episodios en que no pueden ménos de envolverse aquellas que se llaman libertades del poeta i que chocan con razon a los padres de familia, el todo de la novela no solo parece interesante sino mui moral i por consiguiente mui digno de ocupar la cabeza de una jóven.

Recomendamos, en fin, su lectura i al hacerlo no cedemos a galanteria de ninguna clase, sino simplemente a lo que nos manda nuestra conciencia.

Edith

O LA NIÑA MAL CRIADA.

Eran cerca de las dos de la mañana cuando el coche del señor Eduardo Lushington entraba en su hotel calle de San Jaime. El jeneral bajó, ofreció el brazo a su hija que estaba cuidadosamente

envuelta en una capa de seda forrada en armiño; luego que llegaron al vestíbulo, Edith abrazó a su padre i se retiraron cada uno a su departamento.

La jóven parecia ajitada, temblorosa por una emocion que sin duda desde largo tiempo se habia visto en la necesidad de dominar i concentrar en sí misma; porque al entrar a su alcoba, se desembarazó precipitadamente de las pieles que la cubrian, i se arrojó doblada por la fatiga, en un sillón cerca de la chimenea donde ardia un fuego vivo i chispeante.

—¡Pérfido! ingrato! decia en voz alta, mientras que su linda mano estregaba con cólera sus magníficos vestidos de baile; abandonarme toda la noche por una coqueta! no dirigirme ni una palabra, ni una mirada! yo quiero olvidarlo, él se arrepentirá de su conducta, me vengaré!..... I lágrimas de despecho caian de sus bellos ojos; ella sin embargo no se apercibia que hablaba i se afligia así delante de su doncella; no solo ni aun la habia notado sino que se prestaba maquinalmente a los cuidados de Jenny que la desembarazaba de sus adornos, flores i joyas. Sin embargo, esta ardia en deseos de saber el motivo que habia excitado el resentimiento de su señora contra el señor Estevan Vivian. No vió otro medio mejor de atraer la atencion de Edith que aparentando comprender su dolor.

—No me habéis, señorita, le dijo continuando en desnudarla. Nuestros jóvenes lo son ahora de una lijereza e inconsecuencia inaguantables; ya no permiten a una fiarse de ellos; así, haríamos mui bien en huirles o profesarles sentimientos de que no conozcan todo el precio!... A buen picaro picaro i medio, señorita, como dice el refran, i una infidelidad bien puede pagarse con otra.

Pero Jenny habia elegido mal el momento de dar su parecer o por desgracia no lo daba con acierto; lo que hai de verdadero es que no hizo sino atraer sobre sí la tempestad que rujia en el corazón de Edith, i que al menor pretesto debia estallar sobre el imprudente que se espusiese a ello.

—Qué decis! exclamó la jóven rechazando bruscamente a su doncella; quién os da permiso para dirigirme la palabra cuando yo no os hablo? De manera que no puedo estar ni un instante sola i en seguridad en mi cuarto? Salid de aquí! no me gustan ni las curiosas, ni las indiscretas.

Jenny se retiró sin decir nada, i los reproches que acababa de sufrir no la inquietaron mucho; porque conocia demasiado el carácter de su jóven señora para saber que al dia siguiente habria olvidado sus pretendidas culpas de la víspera.

En efecto, Edith estaba acostumbrada a ver ceder todo a sus menores caprichos; así era que no tenía ningun imperio sobre sí misma. Habia perdido a su madre desde la mas tierna edad, encontrándose entonces confiada a la proteccion de su padre, el jeneral Eduardo Lushington, quien, viendo en ella el único vástago de su familia, le habia consagrado todas sus afecciones i obedecia a sus caprichos con una debilidad que no podia encontrar su excusa sino en la ternura extrema que le profesaba. Edith no era sin embargo mala; ella era la primera en sufrir las molestias que producía pero con frecuencia; la precipitacion de sus juicios la cegaba, i su suscepti-

bilidad la hacia injusta hácia los demas. Así sucedió esta misma noche, ella habia cometido las primeras culpas para con Estevan Vivian, mientras que a sus ojos le parecia que solo él era el culpable. Edith se acordaba solamente que Estévan no le habia hecho ninguna atencion durante toda una noche; que él la habia dejado para ir a engrosar el círculo de lady Nevill, su rival en gracia i belleza; que en fin, él habia bailado, conversado i reido con ésta durante la mayor parte del baile; olvidábase que ella habia sido la primera que por capricho o curiosidad, habia querido excitar los celos de Vivian, dirijiendo esclusivamente la palabra al brillante coronel Elliot que habia afectado no responder, sino con distraccion, a todo lo que Estévan le habia dicho. Luego que éste, picado de su frialdad se habia alejado del cortejo que rodeaba a Edith, para aproximarse a lady Nevill, comenzó a experimentar ella misma las inquietudes que habia querido producir. Estévan, pensaba ella, la abandonaba en el momento en que le preparaba una respuesta que debia hacerle olvidar su primer descuido. Sobre ésto no buscaremos la prueba; diremos solamente como narradores fieles, que sus miradas, sus movimientos de impaciencia fueron inútiles; que Estévan no se aproximó, lo que aumentó mucho su resentimiento; i que forzada a ocultarlo, no concedió ya al baile sino una atencion bien lijera, pues sus ojos no se separaron de la parte del salon donde se habia refugiado Vivian.

Hacia poco tiempo que Estévan se habia puesto en el número de los adoradores de Edith, i habia sido acogido por ella con un favor que habia hecho bastantes celosos. Era hermano de la señorita Lucy, su mejor amiga, i esto era una fuerte recomendacion en su favor para Edith. Sin embargo, no era ésta la eleccion del jeneral para el establecimiento de su hija. Tenia un pariente lejano, un amigo, de unos quince años ménos que él, que habia en otro tiempo combatido a su lado i le habia salvado la vida en la batalla de Waterloo. Lord Claver i el señor Eduardo Lushington habian desde esta época concebido el uno por el otro una estimacion sin límites. Los sucesos los separaron a su pesar; Lord Claver fué nombrado gobernador militar en las Indias, i sus intereses de fortuna le decidieron a dejar la Europa. Estuvo ausente algunos años, pero siempre en correspondencia con el jeneral, i éste, habiendo sabido que debia volver pronto a Inglaterra donde lo llamaba el ministro, quien le destinaba un empleo eminente en la corte, resolvió darle la mano de su hija, i arreglar de este modo un matrimonio que colocara a Edith en un rango capaz de satisfacer la mas vasta ambicion. Lord Claver, es verdad, no era mui rico, pero podia aspirar a la mas alta posicion política; i por otra parte, la fortuna inmensa de la señorita Lushington hacia considerar a Edith como una de las mas ricas herederas de los tres reinos: además, la delicadeza del viejo jeneral no sufría de ninguna manera con las insinuaciones que a este respecto hacia a su amigo. Lord Claver jamas habia sido casado: no estaba entonces en la primera juventud; tenia cuarenta i cinco años i sus cabellos principiaban a ponerse grises; sin embargo, su salud era perfecta; su exterior robusto i aun agradable. No conocia a Edith, pues estaba

demasiado niña cuando su partida de Inglaterra para que pudiese conservar un recuerdo de ella: no por esto dejó de acoger la proposicion del jeneral con el mas profuudo reconocimiento. De esta manera todo parecia concurrir al cumplimiento de los votos del señor Lushington, quien se felicitaba de estrechar los lazos de familia i de afecto que lo ligaban a Lord Claver, i de exonerarse al mismo tiempo de una parte de lo que le debia. Edith no se habia mostrado desde luego rebelde a los deseos de su padre; pero el conocimiento que hizo del señor Estevan Vivian, en el intervalo de la vuelta de Lord Claver, pareció con gran disgusto del jeneral, deber cambiar mui pronto el estado de las cosas. Sin embargo, el señor Eduardo Lushington amaba demasiado a su hija para querer imponerle su voluntad en un negocio tan importante, i que debia decidir de la felicidad de toda su vida. Cerró pues los ojos a las asiduidades de Estevan Vivian, quien pertenecia tambien a una familia noble i distinguida, i dejando seguir a los sucesos su curso apacible i natural, abandonó al tiempo i la casualidad el cuidado de realizar o destruir los proyectos que habia alimentado con tanta predileccion.

II.

Ya era tarde cuando Edith se recordó al dia siguiente. El recuerdo de Estévan i de su conducta fueron los primeros pensamientos que la ocuparon, i la persuasion de que él vendría en el dia a pedir i obtener su perdon la reanimaron un poco.

—Oh! me las ha de pagar! pensaba élla, pero sin embargo dice, seré indulgente; i al mismo tiempo llamó a su doncella.

—¿Há enviado el señor Vivian al hotel?

—No, señorita, dijo Jenny.

Esta respuesta sorprendió a la jóven. Al dia siguiente de un baile o de una velada, Estévan no dejaba jamas de enviar uno de sus criados a pedir noticias de la señorita Lushington. Así esta falta de cortesía i de miramiento le volvió todo su mal humor, el que se aumentó mucho mas cuando hubo transcurrido la mañana i una parte del dia sin que oyese hablar de Estévan, ni de Lucy. Su impaciencia era pues sin igual cuando se puso a las órdenes de su padre, quien la hacia avisar que acababa de recibir jente. Salió de su habitacion con la certidumbre que iba a ver a Vivian, porque jamas dejaba pasar un dia sin venir a visitarla, i resolvió no dirijirle ni una palabra, ni una sola mirada.

No estaba, sin embargo, en el salon cuando élla se presentó, así fué que no pudo contestar sino con mucha distraccion a las atenciones de todas las personas que componian la sociedad del jeneral. El ruido de una puerta la hacia estremecer; no entraba una sola vez un criado para anunciar a alguno, sin que ella no esperase oír el nombre del señor Vivian o de su hermana; sin embargo, cada vez su esperanza se frustraba. En fin, el coronel Elliot se dirijió al jeneral i le preguntó por Estévan. Que seria de Edith cuando el señor Lushington contestó que habia venido en la mañana a despedirse de él, i que habia partido para Bath. La sorpresa, la indignacion, la hicieron palidecer, i lágrimas que no pudo contener, vinieron a humedecer sus párpados, cuando el señor Elliot habló con bastante indiscrecion de este viaje i de la tristeza que, segun eldecia, no podia ocultar Edith.

No tuvo suficiente fuerza para responder a esta chanza desagradable, i su turbacion se habria hecho demasiado visible si el jeneral, que se apercibió de ello, no hubiera llamado la atencion de la sociedad con una destreza de que Edith le quedó reconocida en su corazon. Se aprovechó de ésto para dejar el salon sin ruido, i corrió a encerrarse en su cuarto, donde pudo, sin obstáculo, dar libre curso a su despecho i mal humor.

En la tarde, Jenny entró en la habitacion de su señora e introdujo en fin a la señorita Lucy, que se acercó a su amiga i la abrazó tiernamente; pero Edith recibió sus caricias con una frialdad mui manifiesta.

—¿Soy yo, dijo la señorita Vivian con una sonrisa, quien debe soportar la pena merecida por un culpable?

—Ignoro lo que quieres decir, Lucy, contestó Edith embarazada i pasando la mano sobre su bordado.

—Dejaré pues el cuidado de esta esplicacion al aturrido que hoi me ha dado tantas penas; porque Estévan espera verte en el concierto en casa de la duquesa de Bedford.

—¿Cómo, exclamó Edith con sorpresa, el señor Vivian no ha partido para las aguas de Bath?

—Yo lo creía como tú; así puedes juzgar de mi sorpresa cuando de repente lo veo cubierto de sudor i de polvo llegar a galope sobre su caballo desfallecido i nadando en sudor. Me ha dicho, que no pudiendo acostumbrarse a la idea de abandonar a Lóndres sabiendo que estabas irritada contra él, se habia decidido a volver las riendas despues de haber hecho ya diez leguas.

—¿No es mas probable, dijo la señorita Lushington, con un desden afectado, que no habrá querido privarse del placer de encontrar a lady Nevill en el concierto?

—Oh! por favor, tened los dos un poco de mas induljencia por mi amistad: pensad que el doble papel que hago es difícil de sostener, i que muchas veces en verdad debo encontrarme embarazada en medio de las confianzas de toda clase que recibo de una parte i de otra. Sabes, querida Edith, si te amo, i si yo seria feliz de poderte dar un dia el dulce nombre de hermana! pero sé buena i no abuses ni de mis esperanzas, ni de mi ternura. Vas a acompañarme, lo espero, a casa de la duquesa de Bedford?

—Es imposible: he dicho a mi padre que me sentia aun cansada i que no saldría hoi.

—El jeneral irá al concierto i te encontrará allí: yo tomo todo bajo mi responsabilidad; mi carruaje nos espera abajo: vamos, llama a Jenny, i déjame dirigir tu tocado.

Las instancias de Lucy eran tan afectuosas que Edith no pudo rechazarlas: es preciso decir ademas, que acababa de saber con placer la vuelta inesperada del señor Estévan Vivian; ella se habia manifestado sensible a este testimonio evidente del imperio que ejercía sobre él, i no quiso dejar escapar esta ocasion de verlo i recompensarle su arrepentimiento, por tardío que fuese. Salió pues con la señorita Vivian, i las dos se fueron a la plaza de la Reina, hotel de Bedford.

III.

Los vastos salones del duque rebosaban de jente, cuando las dos jóvenes se presentaron en ellos

bajo el patrocinio de sus ayas. Debíase oír en el concierto a los cantores italianos recientemente llegados de París: los nombres de Rubini, Lablache, Tamburini, Ivanoff i de la señorita Grisi, figuraban en el programa de esa noche, unidos a los de los principales artistas de Londres. Se puede pues fácilmente figurarse el empeño con que el mundo elegante contestó a la invitacion del duque de Bedford. Edith casi se felicitó al ver esta multitud en medio de la cual las dos hubieran querido confundirse; ella esperaba poder abandonarse con ménos violencia a sus preocupaciones secretas. Una vez colocada, pudo en efecto, olvidar con libertad el lugar donde se encontraba, i buscar como descubrir al señor Vivian entre los militares de alta graduacion que se encontraban en el concierto. No pasó largo tiempo sin apercibirlo: Estévan circulaba por el medio de los salones con el coronel Elliot, que habia tomado su brazo, i los dos jóvenes oficiales conversaban alegremente juntos. Desde que vió a la señorita Lushington, Estévan quiso aproximarse a ella; pero sea casualidad, o cálculo de parte del señor Elliot, se vió obligado a pasar delante de lady Nevill, i el coronel lo detuvo de repente.

—A donde correis así, le dijo con malicia e ironía; calmaos por favor: apercibo allí una amable señora que nos ha notado al traves de su abanico, i no nos perdonaria si pasásemos delante élla sin ir a saludarla.

I antes que Estévan pudiese impedirlo, el señor Elliot lo arrastró hácia lady Nevill.—Mirad, bella prima, le dijo, os traigo un rebelde que se debate en vuestros hierros i que si no teneis cuidado, podria mui pronto recobrar su libertad.

El señor Vivian arrojó una mirada furiosa sobre el coronel que se alejaba riendo; miéntras tanto era preciso, por deber, principiar con lady Nevill una de esas conversaciones comunes cuyo vacío i nulidad no se comprende lo bastante sino cuando el corazon nos llama a otra parte. Durante este tiempo, el señor Elliot se apresuró a ir a saludar a las señoritas Vivian i Edith que se habian fácilmente apercibido de lo que acababa de pasar.

—Vengo a quejarme a vos de la injusticia e ingratitude de los hombres, dijo el coronel a Edith. Juzgad mejor vos misma: acabo de conducir a Estévan cerca de mi noble prima lady Nevill, i a pesar de su felicidad, i de su galantería francesa, que afecta en vano, lo creereis? parece contrariado i aburrido. Decidme, ¿no encontrais que saluda con la gracia de un gato espantado que esconde las uñas i está a cada instante tentado de tomar la huida?

Edith, a esta comparacion burlesca no pudo ménos que reír.—Perdonadme, coronel, respondió que no note todas esas lindas cosas que habeis dicho.

—Silencio! interrumpió Lucy Vivian: he ahí a la señorita Grisi que sale.

El movimiento jeneral de curiosidad i de intereses que precedió al trozo que debia cantar la célebre cantatriz, alejó al señor Elliot i permitió al señor Vivian aproximarse a las dos amigas. Despues de la gran aria de *Ana Bolena* de Donizetti, i las manifestaciones de entusiasmo universal que siguieron a la señorita Grisi hasta su asiento, Edith, volvió su atencion cerca de ella, i encontró allí a Estévan que se apresuraba a pasarle su ra-

millete que acababa de dejar caer; ella le dió las gracias por una sencilla inclinacion de cabeza, i por las miradas que pudieron cambiar el uno i el otro se dejaron ver los reproches que creian haberse hecho mutuamente. Pero qué palabras tienen la elocuencia de los ojos? qué esplicaciones valen lo que esos rayos que se encuentran o se cruzan en un salon? No puede decirse todo en este mudo lenguaje, i no gana aun este en espresion i fuerza cuando uno se ve obligado a callar i disimular? Oh! qué de discursos llenos de emocion, qué de escenas trájicas, qué de dramas palpitan-tes de terror hemos sorprendido a veces, al descuido!

Edith manifesto mucha reserva en la acogida que hizo a Estévan, porque, por un capricho de coqueteria femenina, a pesar de la pena que le habia causado la noticia de su partida, i la felicidad con que habia sabido su vuelta, no queria conceder mui fácilmente un perdón que en su conciencia quizá, no estaba bien segura de tener derecho de acordar.

Sin embargo, poco a poco se dejó llevar de esa influencia secreta que se experimenta al lado del objeto amado; i cuando el jóven oficial se inclinó hacia ella i se arriesgó a hablarle en voz baja, él habia ya reconquistado sus derechos.

—¿Por qué, le preguntó él, me hicisteis tan mortalmente penoso el baile de ayer noche? Edith, no tuvisteis ni un instante piedad de mi aburrimiento i de mis inquietudes!

—En verdad, contestó la señorita Lushington, hubiera sido difícil suponeros melancólico viéndoos tan incansable en la danza.

—¿Qué injustas son las mujeres, i con que facilidad saben manejar contra nosotros el imperio que ejercen!

—Las mujeres, señor, son mucho mas razonables que lo que vos las suponeis; ellas comprenden que hai deberes que la sociedad impone i a los que es difícil sustraerse. Si así no fuese, no pordonarian jamás a sus amigas un momento de distraccion imperiosamente reclamado por la decencia.

—Sin duda, si en ese instante de distraccion no se descubriera el pensamiento de agradar.

—Es preciso saber lo que los hombres entienden por esta palabra, *agradar*, de que nos hacen un tan gran crimen, dijo Lucy, que como hermana cariñosa i amiga fiel, interponia siempre su autoridad en las contiendas frecuentes que se ocasionaba entre Estévan i Edith. Una lijereza imprudente que no tendria por objeto sino trastornar la razon e inspirar sentimientos a los que no se sabia corresponder, seria inexcusable i no mereceria induljencia. Pero sí, por la intencion de agradar, se comprende el deseo mui natural de parecer amable, de dejar adivinar su ingenio, de hacer brillar sus talentos o instruccion, yo no veo verdaderamente en esto que se pueda hacer un reproche tan sério. Pretenderian ciertamente, los señores hombres que nosotros acojiésemos a todos con desden, o con el ultraje en la boca, reservando para uno solo nuestra benevolencia i sonrisas? Es fácil de acusar a la mujer de coqueta, cuando no se tiene en vista ni las simples exigencias de la urbanidad, ni sobre todo de la fácil vanidad con que los hombres saben interpretar en su favor la labra mas inocente. Por lo demas, espero que

no haya en adelante cuestion sobre eso: la paz una paz sincera acaba de asegurarse; i soi yo quien habrá arreglado los preliminares.

Una vez sentada la conversacion sobre este terreno, siguió un curso apacible aunque animado. El señor Vivian quedó de pié, tras el sillón de los dos jóvenes, i en una armonia perfecta i deliciosa, entregados enteramente al placer de estar reunidos i de oír una música encantadora en boca de artistas distinguidos.

Hacia la mitad de la noche el jeneral Lushington llegó a casa del duque, i vino a reunirse con su hija. Lo acompañaba un extranjero de alta talla, pero de un aire noble i distinguido.

—Os felicito, señorita Lucy Vivian, dijo el jeneral, del poder que teneis sobre Edith; trayéndola al concierto, habeis hecho un milagro con el que yo no contaba. —¿Vos aquí, Estévan! continuó estrechando afectuosamente la mano del jóven oficial; ya os creia en el condado de Somerset. Sois demasiado lijero en vuestros viajes! —Hija mia, prosiguió designando al desconocido, teneis aquí uno de nuestros parientes, i debo añadir, mi mejor amigo.

—Es pues a Lord Claver a quien tengo el honor de hablar? dijo la jóven levantándose con una emocion profunda; porque en él solo puedo reconocer dos títulos tan queridos i sagrados.

—Espero que me excusareis, señorita, respondió Lord Claver, si la impaciencia que tenia de seros presentado me ha hecho faltar a las estrictas leyes de la etiqueta, i me ha obligado a venir a buscaros al hotel del duque de Bedford. Solo esta tarde he llegado a Lóndres, i el señor Eduardo ha querido que lo acompañase a venir aquí.

—En cualquier lugar que se presentase aquel a quien le debo la vida de mi padre, debia estar seguro de antemano que seria acogido por mí con un reconocimiento i afeccion a toda prueba.

Lord Claver tomó un asiento i se sentó cerca de Edith. Al instante de su llegada, el señor Vivian creyó deber alejarse, tanto por discrecion como por instinto de desconfianza i de celos. Habia oido hablar vagamente de los proyectos de matrimonio que habia formado el jeneral i así no podia ménos que considerar como un rival temible a aquel hombre ya de edad madura, es verdad, pero que se presentaba todavía con una dignidad llena de gracia i confiado en el asentimiento del señor Lusingthon i de las ventajas de una posicion brillante en el mundo. Oculto en el umbral de una ventana, Estévan examinaba a Lord Claver sin ser visto i cuando meditaba que solo su juventud era la ventaja que tenia sobre él, experimentaba un sentimiento de espanto involuntario. —Hacia ya algunos momentos que estaba solo, cuando le golpearon en la espalda: volvió la cara i reconoció al Señor Elliot.

—Que haceis aquí querido, tan triste i meditabundo sepultado bajo esas inmensas cortinas? Yo os buscaba por todas partes sin poder encontraros.

—Venid yo os lo ruego i decidme que personaje es ese que mira colocado entre vuestra hermana i la señorita Edith i que acaba de ser presentado al duque por el jeneral?

—Lord Claver, es el célebre Lord Claver, ex-gobernador jeneral de la India Inglesa.

—Valiente i digno oficial, prosiguió el Corone

i que lleva tan noblemente su alto nombre ¿no es verdad, Estevan?

—Conozco desde largo tiempo su alta reputación; pero yo no veo nada de notable en él. Dejemos eso i respondedme Elliot ¿tengo o no derecho para haceros reproches? ¿No os conducis conmigo como un mal amigo; i por lo tanto no podría pedir os satisfaccion por la manera con que perseguís mis pasos i os entrometeis en todos mis asuntos?

Continuará.

El loro i la cotorra.

FÁBULA.

Una cotorra que corrido habia
Desde el mar de Cortés (alias Bermejo)
Hasta el confín de Chile, i presumia,
A todo Americano dar consejo,
Lecciones de esperiencia;
Proclamando su ciencia,
Aprendida en los viajes,
Infinita en la historia i la novela,
En usos i costumbres, lenguas, trajes;
I creyendo muchacho de la escuela
A todo aquel que oia
Contar lo que en Europa visto habia,
Decia siempre con solemne tono
I grave entonacion i mui pausada:
A viajero ninguno es permitido
Decir que en otra parte ha recibido
Acojida, franqueza, porque nada
Es comparable al papelon que hacia
Yo cuando me paseaba
En la bella i feraz Andalucía.
Oh! allí sí, que mi pecho disfrutaba
De consuelo i solaz! Ah! qué conquistas!
Qué amores! qué regalos, qué entrevistas!
I luego los galanes
Que allí de mi hermosura se prendaron,
¡Oh qué sufrir de afanes!
I mi virtud, con todo, no doblaron.

Un loro ciego que escuchaba atento
A la cotorra en esta laudatoria,
La dice: «dulce amiga, la memoria
Habeis perdido, i recordaros sienta,
Que no ha mucho serviais, desgraciada,

En Paris de criada;
I que de esa virtud i ese talento,
De ese ingenio i portento,
Solo aquí en esta tierra,
Donde todo extranjero

O sastre, bailarín o peluquero
Parece un personaje distinguido,
Podeis envaneceros, porque nadie
Aquí supo jamás lo que habeis sido.»

«¿No os acordais de mí, de lo que hacia
En Paris, en Madrid, Lóndres, Lisboa?
Oh! mui claro lo digo yo en mis viajes;
Digo que en Lóndres las Inglesas, trajes
Hacen mui bellos de la piel del boa,
I sombreros de té, que es cosa nueva,
I medias de raton i lagartijas;

Que bailan la cachucha i el fandango
Las Miladys en cueros;
I que los Dandys saltan mas lijeros
(Por supuesto en pelota)

Que en la espalda del mar alba gabiota.»
«¡Cuatro tomos de viajes! oh! canario!
Allí vereis mui bien lo que he aprendido,
Los pueblos que he observado i recorrido;
Las hermosas mujeres que he adorado;
I los altos empleos que he ocupado.»

—¿De dónde sois? pregunta la cotorra

Al loro parlanchin;

I dice: «soi Frances i espadachin,
I viajero, escritor, economista,
Retórico, poético, hacentista,
Industrial, literato,
I otras mil cosas que de hablar no trato.»

—Está mui bien, señor, pero si ciego

Habeis esas ciudades recorrido,

Sin haber aprendido

Ni un idioma extranjero tan siquiera;

Ni ménos visitado

La buena sociedad ¿cómo es que osado

Quereis pintar lo que jamas mirásteis

Sino por ojo ajeno i mentiroso,

I que al papel sin duda trasladásteis

Para haceros famoso?

—I toma! dijo el loro ya picado,

Si el hombre fuese siempre verdadero,

De seguro jamas fuera contado

Ni por hombre de mundo ni viajero.

Ademas soi Frances, i en esta parte

Debo ser lo que fué mi compatriota

Ese ciego Aragón: sin saber jota,

Ni haber visto miaja,

De intruso nada mas, de Chile raja.

En eso los Ingleses,

Si no son superiores,

Al ménos no nos son mui inferiores,

Allí está Miller, Sutecliff i Gills,

Que hago Ingles aunque sea slibustiero

I Yankee con diploma de Keplero.

Amiga a acabar voi: en punto a viajes

Cada cual dice aquello que le viene

A la mollera; aquello que conviene

A su interes i basta.

—Yo soi de vuestra casta,

Contestó la cotorra mui parlera,

Pues soi tambien viajera.

M. BLANCO CUARTIN.

Crónica de la Semana.

SUMARIO.—Cortar el nudo gordiano.—Lotería electoral en un banquete.—Mapa de navegación.—La mostaza despues de comer.—Dientes i ojos, mudanza.—Hai literatos a palo seco i otros que alcanzan el palo encebado.—Así me las dieran todas.—Insolencia de un corresponsal.

¿Qué tal lo habeis pasado, lector, en los ocho dias que no nos vemos? Habeis estado en el teatro, en bailes, en algunos desposorios o habeis tenido que ir al panteon a acompañar algun amigo i que rezar por el alma de vuestros deudos? Preguntaros sobre si habeis devuelto los números de nuestro periódico, eso ya seria una temeridad para la que, os lo juro, no tengo yo el menor aliento.—Como creo que aunque hayais ido a todas partes, corrido de seca en meca i hecho, en fin, de vuestro cuerpo una pandorga que ya cabezea i se encum-

bra, i da vueltas i revueltas i se enreda i cae, en fin, desde la cruz de un campanario hasta en el patio de un convento de monjas, no habréis puesto (i con mucha razon) los piés en la Cámara de Diputados; quiero contaros un incidente acaecido en ella para que sepais el modo como nuestros diputados copian al conquistador de Macedonia. Es el caso que, cuestionándose en una de las sesiones de la semana pasada la lei sobre elecciones, antojósele al Diputado por Cauquenes hacer indicacion, para que los diputados que abandonasen sus sillas de representantes impidiendo con su ausencia la formacion, como se dice, de *Sala*, pasasen por la vengüenza de ser inscritos en el acta como causantes de esto que llamaremos tropiezo parlamentario. Don Francisco Marin, amante como siempre de todo lo que es libertad e independencia i enemigo tambien franco de todo lo que huele a imperio i despotismo, dijo, por supuesto, que tal medida pondria muchas veces en el mayor bochorno a muchos diputados inocentes de esta falta que, sin el menor deseo de perturbar las funciones lejislativas, podrian verse obligados e ausentarse del recinto de la Representacion Nacional. Las razones en que se fundó el señor Marin son, con todo, a mi juicio, ménos poderosas que el móvil que le llevó a contradecir esta medida ministerial, *puestas ganas de comer, las fatigas* que pueden acontecer a un prócer i las ganas que puede tener de sacarse una pulga entremetida en sus calcetines, son cosas que pueden mirarse como cargas del oficio, i por lo mismo ajenas de llamar la atencion de un *pater conscriptus*. Si así no hubiera pensado Lord Chatam en la cuestion sobre la independencia de los Estados-Unidos, no habria caido espirante en su sillón de la cámara de los Lores, i los jirondinos en medio de sus cotidianas fatigas no hubiesen jamas soltado ese májico torrente de elocuencia a la vista de la cabeza de Ferrau cortada en la misma convencion, i al aspecto de los cañones del pueblo colocados detras del espaldar de sus sillas. Pero ya se vé! Como comparar los tiempos! Aquellos eran, me parece, mas fecundos en acontecimientos, aunque Isnard, Barbaroux, Vergniaud i Lanjuinais no llegasen al zancajo de nuestros próceres, que, dicho sea de paso, sino tienen como se dice *piquito de oro* tienen constancia en asistir a las sesiones, apesar de poder ser amagados por la necesidad de robustecer sus cuerpos exhaustos casi siempre a fuerza de desempeñar airoosamente su cargo. Leyendo yo esto, lector, amigo, a un ex-diputado, me decia con una franqueza verdaderamente puritana: «hombre es cierto lo que dice el Diputado Marin, sí, señor, pues cuando yo fui congresal no recuerdo un dia que dejase de tener que levantarme ya para comer, ya para....pero, sobre todo, amigo, lo que me mataba era la fatiga que me daba siempre que queria votar en contra del ministro i le miraba los ojos que parecia iban atragarme.» Así pues, apesar que haya dicho que las razones alegadas por el señor Marin no tienen fuerza, decimos tambien ahora, atendiendo al voto del representante de quien te he repetido esas palabras, que son dignas de entrar en consideracion para no adherirse al parecer del Ministro. Despues que el señor Marin alegó las causas dichas para que las minutas de la Cámara no se convirtiesen en el gran libro de las monjes del San Bernardo, el

señor Presidente para zanjar las dificultades espuestas dijo: atended! *el presente incidente espero que produzca el efecto a que tiende la indicacion.* — *Se levanta la sesion.* Habeis entendido lector? Pues si tal ha sido, teneis mas intelijencia que un Newton, i por consiguiente mucha mas que yo, que hace seis dias que trato de decifrar esta charada i no puedo dar con su solucion.—¿De que incidente se trata? ¿Cuál es ese incidente por amor de Dios? ¿Es incidente el discurso del señor Marin, o es incidente las fatigas i las ganas de comer que pueden tener los diputados? Pero suponiendo que lo dicho fuese no solo un incidente sino un acontecimiento ¿qué motivo hai para que el señor Presidente *espere el efecto a que tiende la indicacion?* Cual es ese efecto, por todos los clavos de Cristo, pregunto yo? ¿I cuál la mira a que tiende este dicho efecto, que no es efecto, ni causa, ni as de copas ni nada de lo que vemos ni hemos visto en toda la vida? Supuesta pues nuestra ignorancia, no hai mas que decir que el diputado Presidente cortó el nudo Gordiano a lo Alejandro, i tan que lo cortó que sino lo hubiera dejado completamente roto no se habria levantado la sesion tan de improviso.—El efecto teatral de la suspension de la disputa fué, sin embargo, magnífico, pues a mas de que, cuando uno se levanta despues de hablar parece que ha dicho una gran cosa, siempre eso de dejar en el oido de los oyentes colgada nuestra última palabra, es una escena verdaderamente bien acondicionada.—

Afuera de *Duende* que soi, habrás de saber tambien, curioso lector, (evito *el amigo* porque no se si tal vez seas tu uno de los que *me pelan* sin tener el honor de conocerme) que en uno de estos dias, valiéndome de mi naturaleza aérea e impalpable, conseguí deslizarme en un convite que daba un magnate en honor del cumple años de su costilla. Introducido, pues, al comedor i suspendido yo sobre las alas de una mosca, que ya poníase sobre la nariz del dueño de casa, ya volvía a guluzmear el pavo i el salmon, i ya a hacer rascarse el pescuezo a la consorte del anfitrión, no es extraño que pueda narrarte la conversacion que allí se trabó, i los brindis que allí se dijeron, i las risotadas con que celebraron los comensales los dias, verdaderamente funestos, de la festejada. Servida, pues, la sopa, (era de fideos por mas seña) i tragada a fuerza de resoplidos, i enjugados los labios con el mantel, pues no habia servilleta) el dueño de casa que se llama don Pedro José, dijo: señores, brindo por los patriotas del año 10.—Bravo! bravísimo! esclaman todos; eso prueba que usted, señor, tiene un verdadero culto por los hombres que nos dieron patria.—Despues de esto volvieron los contrincantes a su tarea, que durante tres cuartos de hora fué toda empleada en despavilar manjares i destripar patos i perdices i en elojiar unas lentejas, que decia la señora que se las habian mandado las capuchinas. Atracados pues de viandas, aves, etc. etc. i de sendos vasos de una chicha, que tambien habia regalado a la señora un su compadre aconcaguino, la cual de cada *chisquete* dejaba como una sopa a toda los convidados, repitió el presidente de la mesa: Vaya, señores, ya hemos comido, brindemos ahora.—Sí, que se brinde, que se brinde, dijo uno, levantándose de la silla i volviéndose a sentar con un estruendo que parecia que la tal habia crujido rota en sus cimientos: que se brinde, repito,

i para que no se diga que yo no doi el ejemplo, diré (diciendo esto se raspó el pecho i se alzó majestuosamente de su sillón) que «brindo porque para el año que viene.... la señora doña Mariquita Josefa.... pueda.... no..... miento.... que no pueda hacer de modo, sino que, asimismo, podamos sin tropiezo.... que (perdonen ustedes señores, porque yo no he sido nunca diputado) en donde estaba? Ah! en el tropiezo, ... podamos, digo, pedir al cielo porque nos dé un fruto de su amor, que sea el meteoro, que sirva de palanca para la difusión de la instrucción primaria.—Bravo! soberbio! soberbio gritan todos: i te hacías de rogar, bárbaro, con ese pico que Dios te ha dado.—Don José tiene la palabra, añade uno.—Sí señores, dijeron todos a una, don José debe brindarnos en verso. Diciendo esto uno de los colaterales del infelicísimo orador lo empujó i haciéndole tomar su mismo vaso agregó: chit! que ya va a hablar— Yo.... señor.... tartamudeó don José.... soi franco i un hombre, como se dice, de una pieza: así ya que me han pedido un brindis, brindaré: porque la causa de la libertad que está hoy en manos de Garibai,—Qué Garibai, hombre, gritó riendo su compañero, Garibaldi querrás decir. Si, Garibaldi, eso es, aunque lo mismo tiene: ea pues: brindo, por mi sea Tadeita que me está mirando, i sabe que yo ya la entiendo todo lo que me dice: brindo, pues, también por todos los de esta mesa, *esclusive* la señora dueña de casa, que ya por sabido se calla que es la que nos ha dado este convite.

Diciendo esto, i sentándose riendo a carcajadas fué todo uno; lo que hizo que la asamblea entera siguiese al orador en sus risas, gritos i ademanes.—Pasados unos cuantos minutos, uno de los jóvenes que allí se hallaban, i que según creo era estudiante, se levantó de repente i tomando una copa dijo: Caballeros, brindo porque el señor don F. L. sea elegido Presidente para las próximas elecciones.—Al decir esto las mujeres gritan, viva! viva! quién mejor que él lo merece! tan buen cristiano i tan! Que tan nitan, contestó otro que hasta entonces no había despegado los labios: yo brindo porque el señor don J. T. U. sea el Presidente! No, nó, gritan unos, sí, sí, decían otros, cómo no habría de ser él, refunfuñaba una vieja; no faltaba más! que desvergüenza! decía otra no menos entusiasmada: sí que sí, i lo será, añadía la dueña de casa, sí, lo será, pues Pedro Nolasco mi hermano dice que es el hombre que hai.—Alto, señores, grita don Pedro José, que ya conocéis como el jefe de la casa: alto, digo, que mi candidato es Ya lo sabemos, amigo, interrumpieron todos, ya lo sabemos, pero no será, nó..... desengañese Vd.—En medio de esta algazara don Pedro José, movido como de una inspiración celeste da un puñetazo sobre la mesa con la copa, cuyos trozos fueron a asilarse al pescuezo de dos viejas que estaban a su lado i levantándose como si fuese Neptuno para aplacar las furias de la tempestad dice—silencio carrai! nadie me interrumpa, pues voy a decir una cosa que nadie sabe:—sí, señor i que yo solo la sé; pues bien, para que nadie quede descontento propongo que en unos pedacitos de papel cada uno de nosotros escriba el nombre de su candidato, i que hecho esto se echen en un sombrero, i que mi sea Tadeita los vaya sacando para ver cual junta más número de votos. Propongo, pues, también que cada uno de nosotros haga todo lo que pudiere

para que triunfe el que haya salido electo aquí en mi casa; estamos? Magnífico! superior! soberbio! gritaron todos en coro; i dicho i hecho, pusieron los caballeros a sacar de sus bolsillos papel i a repartirlo entre todos. Que se les pase a las señoras, dijo uno: a las niñas, contestó una vieja, que a nosotras no nos compete escribir.—Bueno! bueno! replican i en ménos de un minuto ya estaba mi sea Tadea con el sombrero en las faldas i revolviendo a los candidatos, como si fuera una olla de mazamorra.—Vaya pues: ya esta bueno: principie, usted mi sea Tadeita. Oyendo esto, comenzó la pitonisa de ese festin electoral a leer con ayuda de don Pedro José los nombres de los encerrados en aquella urna sombreril mas bien que de los hados.—Hecho el escrutinio, resultaron por don F. L. cinco votos, por don J. T. U. tres, i por el jeneral G. dos, i por las iniciales A—V, 12.—I que dicen Vds., exclamó don Pedro José, dándose con el mismo sombrero electoral una boya tremenda. ¿Dicen Vds. algo? No, señor, pues que viva! gritan todos durante cinco minutos i para que sea cierto lo que decimos, vámonos al salón a que nos toque la señorita Virginia la canción nacional i la cantemos todos al que ha sido electo Presidente de la República.

Cuando comencé, lector, a oír el *dulce patria* hecho tan amargo por aquel diabólico coro, díjeme a la mosca en que estaba, como te digo, montado: vamos hija: llévame a mi casa para tomar notas de este curioso convite, lo que verificó con una prontitud admirable.—

Si has leído al diario de la capital, ya sabrás que don Guillermo Cox ha tenido la paciencia de trabajar una carta para la navegación de nuestra costa; lo que, como no podrás negar, es una obra buena de parte de este caballero i una muestra de que cuando se quiere poner al servicio de la patria el talento que uno ha recibido, puede alcanzar elogios verdaderamente merecidos. Lo único, sí, que es de sentir es que el señor Cox no haya hecho este trabajo antes, pues si tal hubiese sido, quizás el *Cazador*, la *Maria Isabel*, i el *Maule* i casi toda la marina nacional, en una palabra, no hubiese ido a estrellarse contra las rocas que no descubrió Fitz Roy, i que ni sospechan siquiera nuestros marinos. Si así hubiese sido, repito, no se diría al lado de la alabanza de la obra: todo está bueno; pero esto es *la mostaza despues de comer*.—

En estos días (va de cuento) según nos ha informado un amigo mui íntimo de uno de nuestros mejores dentistas de la capital, una señora del departamento de Putaendo ha llegado a Santiago preguntando por el caballero que muda ojos i dientes sin exigir pago ninguno.—No sabemos de quien se informo la señora sobre este particular, o si algun tunante por reirse de ella le dió las señas de la tienda de Mr. B.; pero lo que sí sabemos es, que la tal Putaendina se dirigió por la mañana a casa del cirujano indicado, i le dijo: señor dentista, he venido desde mi tierra porque he leído su anuncio que dice: ojos i *dientes mudanza* i también aquí se dan polvos para los dientes i aguas gratis. En este concepto le agradecería se sirviese mudarme este ojo turno que traigo, i que se me torció a los tres meses de nacida por haberme asustado mi hermano José Dolores, i estos dientes que se me han ido cayendo o mejor que me los he ido tragando desde mi último mal-parto. El

profesora que no habria oido seguramente lo que la señora dijo sobre el ojo i los dientes *gratis*, felicitándose de haber hallado una ocasion de ganar unos quinientos pesos lo ménos, le dice, mi señora: tan cierto es que mudo todo lo que Vd. dice, que le aseguro mudar a Vd. de tal suerte que no la ha de conocer ni la madre que la parió. —Dios se lo pague, señor: bien me habian dicho, que Vd. habia venido a Chile solo a mudarnos de ojos i de dentaduras. —Así, pues, si Vd. quisiera, me puede ir sacando de una vez..... No podemos decir en lo que paró este diálogo; pero si dirémos que la señora recién llegada se marcha mañana para su tierra diciendo que el *Ferrocarril* es un embustero, que para engañar a los provincianos les ofrece *dientes i ojos* i que léjos de encontrarse aquí con ojos i dientes nuevos tienen que volverse habiendo gastado hasta el que traian.

Se dice que los SS. Amunategui han recibido el premio asignado por la Universidad al tema que señaló para el certámen. Felicitamos a los agraciados, i decimos para nuestro coletó: si hai literatos a palo seco, tambien hai que ganan el palo encabado de las apuestas. Pero así me las dieran todas! que eso siquiera seria premiar el verdadero mérito i no guardar los honores i las recompensas para los que no sirven de ningun modo a su país o mejor lo estrujan i desuellan.

¡Vaya a dar remate a mi revista, lector, sin decirte una sola palabra sobre un hecho que llamaré *novedad*, por no calificar de insolencia o impavidez que es el nombre que merece.

Es, pues, el caso que leyendo distraido esta mañana la correspondencia de Santiago del «Comercio de Valparaiso,» diario que como sabeis, nadie lee ni en Valparaiso ni en Santiago, ni en ninguna parte, me encuentro con un epígrafe titulado MOSAICO. Por supuesto, me dije, será un elogio a nuestro periódico hecho por nuestro cofrade, i sin mas, ya me preparaba a echarle mi cogollo de estilo. Pero no, nada de eso habia: lo que escondia ese parágrafo seductor anónimo, no era otra cosa que una sarta de pullas dirigida a los redactores de nuestro periódico por el corresponsal de aquel diario— ¿I cómo creereis que nos trata? ¿I de dónde habeis imaginado que haya sacado tanta audacia el tal *corre-ve-i-dile*? ¿Os figurais, por ventura, que el pobrecito, que no puede con su alma, haya así no mas montado en su *rucio* i salido a nuestro encuentro como don Quijote en busca de aventuras? Pero nó, no lo penseis: el pobre corresponsal no ha sido quien ha escrito eso contra nosotros: el autor de él es..... pero..... aunque sea Pedro, Juan o Domingo ¿que nos importa, siendo el tal capitulito solo un ato de vaciedades, que de puro nécias no merece, siquiera la pena de reproducirse? Sin embargo, como soi cortés i caballeroso, aunque esté mal que yo lo diga, i he prometido narrarte la cosa, te diré lo que se nos dice por el *corresponsal*, el que si no habla por boca de ganzo, que me emplumen o me destripen vivo.

Después de anotar las materias de que se compone el cuarto número del *Mosaico*, eliminando maliciosamente la revista que publico [yo todos los sábados para entretenerte, i que es la que le ha quemado la sangre al *soi-disant* corresponsal, dice con un tono, que de cierto no pega al humilde carácter que el pobre diablo representa en

nuestra prensa: «Lo demás que contiene est número del *Mosaico* deja de ser literario i de costumbres para ser polémico i poco civil» Poco a poco, señor corresponsal; en esto solo ya llevais una mentira i vamos a probároslo ¿Cuándo, decidnos, hemos dejado de ser civiles i corteses? ¿Hai, por ventura, en los artículos editoriales del redactor en jefe, en los míos i en los de los mui pocos que decis que nos colaboran en la tarea de llenar el periódico, un solo insulto, un solo agravio, i no tan brutal como los que nos regalais vos, *modelo de urbanidad i cortesia*, sino siquiera que pueda medio herir a una sola persona? ¿O tomais por *persona* a la quincena del *Ferrocarril* i a las mil paparruchas que se suceden i de las que os ocupais vos como *trajinador de noticias*?

Dice tambien el corresponsal (a quien voi a quitarle el *vos* i a tutear desde este momento porque bien lo merece) que los redactores de este periódico han sufrido un triste desengaño, pues que, creyendo hacer ruido i despertar la curiosidad i atraer *jadeantes a todos los que por aquí escriben*, solo han logrado que se desbanden los suscritores, quedándose, en consecuencia, el *Mosaico* viviendo de aleluyas i ave-marías.

Ven acá, corresponsal de mis pecados i habla la verdad. ¿Cuándo, dínos, hemos pretendido hacer ruido etc. ni ménos atraer jadeantes a los que escriben para que llenen nuestro periódico? ¿Qué! ¿Nos tomas acaso por la *Semana*, alma de cántaro, que, como sabes tú, llevó su filantropía hasta ofrecerte sus columnas, apesar de estar llenas de écos, rumores i vientos que jamas sonaron? Si fuese cierto lo que dices sobre eso, el redactor en jefe i yo, que soi mui su amigo, habríamos ido ya muchas veces al *circulo de las letras* a pedir trabajos i hubiésemos acatarrado al mundo entero para que nos tirase como a tí con la piltrafa de un artículo. Pero nó, hijo; cuando nos pusimos a la obra, sabíamos ya de antemano que no podíamos contar sino con mui corto apoyo i, sobre todo, teníamos la conciencia que con uno de nosotros era bastante para hacer tomar las de Villadiego a los Follones malandrines que como tú i pandilla nos saliesen al camino a ladrarnos como gozques chillones.

Sobre las suscripciones no has dicho tambien sino otra mentira i gorda, i sino te convences, pasa a esta imprenta (esto es, si te atreves) i te mostraremos las listas que mal que te pase se estan llenando i de los mismos que dijeron a dios a la *Semana*, porque supieron que tú escribias, que es todo lo que hai que saber en esta materia.

Pero al fin, lo que has dicho hasta aquí se te podia perdonar por puro impávido; pero no es lo mismo, ni puede serlo por lo que añades mas adelante i con un aplomo que parece que fueras un jefe de seccion hecho i derecho o uno de aquellos necios a quienes *una pasada* los ha puesto mas tiesos que un molinillo.

Antes de todo ¿qué ojeriza tienes con el redactor en jefe? ¿en qué te ha ofendido para que le digas, que a su despecho i contra su costumbre i contra su inclinacion guardó al principio una moderacion apostólica i despues, sacando los piés del plato, ha ido a dar de puntapiés a todos los objetos con que ha tropezado?

Dices que en el diálogo de *Dime i Direte* i en la

crónica de la semana, nada ni nadie se ha escapado de la acerada pluma del redactor en jefe del *Mosaico*. Ahora bien, i si le conoces los espolones, ¿cómo es que te has atrevido a asegurar que el *Dime i Direte* i la crónica son obras tuyas? ¿quién te lo ha dicho? ¿o lo sospechas por ventura, torpe sabuezo de *obituarios i tejas caidas* i toda cuanta insulsez se ofrece u ocurre en nuestra monótona capital?

No contento con esta mentira, no bastándote lo que dices contra el pobre redactor (que, entre paréntesis, si lo sabe, te aseguro, que te ha de dar una tunda peor que la que te dió cierto cólega i que no te dejará bueno en quince días) te metes a filósofo i finalizas tu *tirade*. «Poder del natural; que tirano eres!» ¿Qué has querido decir con esto? ¿no me lo dirías ¿qué natural es ese tan tirano i que tanto te dá que hacer? Pero no paras aquí, que para lo último guardabas el aguijon i das remate con estas palabras que el *Comercio* debió grabar en letras de oro para su gobierno: «Nunca permitirás que los necios maldicientes ni los fátuos sin talento dejen de ser lo que son i han sido siempre.» ¡Qué lindura! I no sé yo como no se te saltaron los sesos al hacer esta rotunda reventazon! Pero basta, camuezo, de ocupar la atencion pública con tus sandeces, con tus artículos sopladados por los envidiosos cobardes que, no teniendo el coraje de poner su nombre al pié de sus agravios i confiados en la impunidad que dá el anónimo, se lanzan imprudentes a provocar a quien puede anonadarlos con solo estampar una palabra que revele elocuentemente lo que han sido i lo que son, a pesar de los favores que disfrutan.

No te enfades lector amabilísimo: no te enfades conmigo, que si alguien hai que merezca disculpa por su mal humor es el que es picado traidoramente por las pulgas o perseguido a la hora de comer por las moscas.

EL DUENDE.

Teatro.

Para el martes próximo se nos anuncia que la señora doña Carlota Lopez de Gaitan dará su beneficio, i que la pieza que ha escogido para él es el mui conocido melodrama titulado *La huérfana de Brusélas o el Abate L'Epée*.

Aunque verdaderamente sentimos que la eleccion haya recaído sobre esta pieza, que consideramos, sin embargo, como capaz de escitar la curiosidad, no podemos ménos de recordar al público: que la beneficiada durante quince años de permanencia en el pais no ha dejado jamas de llenar cumplidamente sus deberes de artista, haciendo por complacer al público, talvez, mas que lo que éste le ha exigido. — Su talento incontestable como actriz, su empeño i laboriosidad nunca dementidos, son títulos, a no dudarlo, capaces de empeñar la gratitud pública; así no titubeamos en asegurar que una concurrencia numerosa vendrá a probar a la beneficiada, que el público de la capital sabe corresponder las tareas de los que lo sirven.

Por otra parte, la pieza, aunque como lo hemos dicho, no es del gusto del dia, tiene lances verdaderamente interesantes, escenas realmente patéticas en las que, prescindiendo de los defectos que pueden censurársele, uno no puede ménos que de-

rramar lágrimas. La pintura del Abate L'Epée, personaje que como su discípulo el abate Sicard ocupan una página tan distinguida en la historia, no puede ménos que gustar: el protector de la inocencia, el sacerdote justo i bueno que pasó su vida consagrado esclusivamente al alivio de sus semejantes, siempre nos trae gratos recuerdos, siempre nos embelesa, i siempre quisiéramos tenerlo delante como para probar a los pesimistas i mal humorados, que si la humanidad ha tenido sus enemigos tambien ha poseido jenios sublimes de caridad, que como Vicente de Paul han hecho carne, puede decirse, las divinas prescripciones del evangelio. Versando la pieza en un acontecimiento, cuya heroina es una jóven, infame i tenazmente perseguida, una jóven de aquellas a quienes la perversidad hiere sin cansarse i por una anomaila casi inesplicable, las simpatías del público no pueden ser sino vivas, tiernas, amorosas. De manera que cuando vemos declarada inocente a la vírjen calumniada, sin mas ayuda que el ingenioso ardid del Abate L'Epée i contemplamos lleno de remordimientos a su perverso perseguidor, uno no puede ménos que aplaudir el talento del artista que ha sabido sacar tanto partido del enredo dramático que ha imaginado.

Vamos pues al teatro i pasarémos un buen rato, trayendo la grata satisfaccion de haber llenado asimismo, lo que el deber de gratitud para con doña Carlota Lopez nos manda imperiosamente.

Charada.

Mi primera i mi tercera,

Segun su colocacion,

Ya nos dan lo que nosotros

Guardamos con atencion

O ya un término corriente,

O ya un buen verbo que yo

I tú, lector, cada dia

Usamos con aficion,

Mi segunda es personaje

En la ciencia de valor,

Aunque dicen los franceses

Que era bajo i adulon;

Pues su obra al Czar de Rusia

Rastrero se la ofreció,

Debiendo ser a la patria

En que a la vida nació.

Mi todo es recién nacido

I no sabemos si Dios

Le conceda larga vida

O muera de zopeton.

Adivina pues, lijero

Esta charada, lector,

Que no es ningun embolismo

De lójica i abstraccion.